

LA VIDA LITERARIA EN ESPAÑA

En el pulso de España adviértese en los últimos meses un marcado aceleramiento. Junto a los escritores de obra ya madura, empiezan a destacar figuras juveniles — antenas de la nueva sensibilidad — más ricas en intenciones que en resultados, y que sin definirse todavía, permiten confiar en la perdurabilidad del esfuerzo por levantar a un rango europeo el nivel de las letras castellanas tan decaídas hace unos cuantos años.

A pesar de esta actividad de la nueva generación que nos ha dado este año pasado una docena de libros apreciables; henchidos de promesas, el tono de la literatura española siguen dándolo escritores ya conocidos. En justicia, el puesto de honor entre los más recientes libros corresponde a las dos últimas novelas del ya glorioso Don Ramón María del VALLE-INCLÁN, *Tirano Banderas* y *La Corte de los Milagros*.

Cuando ya muchos daban por caduco al gran poeta galaico, surge de la penumbra y el silencio, apenas interrumpidos, de los últimos años, con dos obras que demuestran la pujanza y madurez de su talento. Hace tiempo asistíamos a la trabajada renovación del estro preciosista y sensual, caricaturesco y luminoso de Valle Inclán, el antiguo cantor de los amores decadentes y refinados. Sus "esperpentos" (*Luces de bohemia*, *Los cuernos de Don Friolera*) señalan una nueva etapa. No obstante se dudaba de que por este camino acertase con obras del rango artístico de las *Sonatas* y sus novelas primeras.

✓ Hoy, después de *Tirano Banderas*, no habrá quien pueda dudar. Los críticos españoles de mayor solvencia, Andrenio, Díez-Canedo, Blanco Fombona, Antonio Espina, han reconocido inmediatamente la suprema calidad de estos retazos de vida revolucionaria en Santa Cruz de Tierra Firme, tierra caliente. *Tirano Banderas* puede disputarse sin riesgo de equivocación como la mejor y más original novela de estos tiempos. ✓

Todos los elementos que Valle-Inclán utiliza en *Tirano Banderas*—ambiente tropical, sensualidad, impresionismo pictórico, la muerte como factor evocativo, el estudiado ritmo y melodía en la prosa tan bien definidos por Amado Alonso en su conferencia del Ateneo de Puerto Rico, supersticiones y fenómenos sobrenaturales, etc.—son los mismos que de modo constante caracterizan su producción anterior, y sin embargo, el resultado

es algo nuevo y desconcertante, más rico en fuerza dramática y de imponente intención humorística. Visión sólo comparable a las páginas más crueles y despreocupadas de Quevedo o a los caprichos más feroces de Goya.

Valle-Inclán ha sometido a una alquimia purificadora todo lo que en él había de romanticismo finisecular y de decadentismo d'anunziano; ha llegado a la máxima economía en la expresión, y con ello el arte y el dramatismo de la obra salen ganando. En el nuevo estilo esquemático, rectilíneo, punzante, geométrico de *Tirano Banderas*, bastan dos palabras para describir un paisaje — paisaje lleno de belleza evocativa siempre — o para filiar a un tipo: Santos Banderas, el degenerado diplomático español, Don Celes, Coronelito de la Gándara, Zacarías el Cruzado. “El arte de contar llega ahora en “*Tirano Banderas*” a la evidencia misma. Sus personas, sus acontecimientos, sus lugares, se crean a las pocas palabras que el narrador les dedique” Así ha definido el estilo de esta obra el gran crítico E. Díez-Canedo.

El esquematismo no sólo alcanza al lenguaje; alcanza a toda la técnica del libro compuesto en estampas dramáticas independientes, unidas sólo en la visión de conjunto.

*Tirano Banderas* es un libro dinámico, conmovedor como una tragedia, de aviesa intención caricaturesca. Acertadamente ha dicho Blanco Fombana que Valle-Inclán crea por sí sólo una nueva visión de América, lo que él llama la “americanada” por analogía con la “españolada” de los escritores románticos. Evidente. Toda la América abigarrada de los caudillajes y revoluciones, con sus tiranos de alma despiadada, ebrios de sangre y fanatismo, de avaricia y ansia de mando; sus indios de alma estoica y primitiva, hecha de miedo ancestral, hechicería y crueldad; sus emigrantes burdos y maliciosos, aventureros pintorescos, diplomáticos entontecidos de vicio y “snobismo,” arrivistas despreocupados; compadritos sensuales, enfermos de trópico y de retórica; toda esta América en estado caótico de formación está pintada para siempre en las páginas indelebles de *Tirano Banderas*.

Probablemente la caricatura palpitante y cálida de Valle-Inclán habrá herido muchas susceptibilidades en América. Muchos censurarán la dureza y encarnizamiento de la crítica. Como otros grandes artistas, Valle-Inclán usa más del látigo que de la lisonja. Como en las españoladas ya aludidas, resalta en *Tirano Banderas* más lo malo que lo bueno; lo vituperable está acusado con colores mas vivos. No falta, sin embargo, la nota optimista y consoladora; almas religiosas como D. Roque Cepeda y la grandeza épica y redentora de toda conmoción popular. En último término, convendrá no olvidar que Valle-Inclán

elige el tono duro, fustigador y humorístico de todos los grandes moralistas. *Tirano Banderas* deja en la conciencia un oscuro sentimiento de repulsión ante el crimen y la depravación humana.

La novela de Valle-Inclán requiere un estudio más detenido. Sería necesario un examen más objetivo en que habría de darse parte importante al examen de determinados problemas lingüísticos que plantea el uso persistente de americanismos de distinta procedencia; cuestiones a estudiar serían también el esquematismo de tipos y descripciones; caracteres psicológicos, diferencias entre la nueva modalidad y las obras anteriores del autor; habría que esclarecer alusiones e influencias, si las hay, y otros varios problemas que plantea una obra moderna de tal importancia. Un estudio de esta índole requeriría tiempo. Nosotros hemos preferido dar una impresión general en esta reseña de las obras españolas más recientes.

*La Corte de los Milagros*, obra posterior a *Tirano Banderas*, tiene casi idénticos caracteres literarios: esquematismo en la descripción y los tipos, intención humorística y fustigadora, desfile de tipos patológicos, lisiados moral y mentalmente, escenas de prostíbulo, señoritos crapulosos, política de "boudoir" con aristócratas tronados haciendo juego a oradores gárrulos. Lo que cambia es el ambiente, que en *La Corte de los Milagros* es el Madrid decadente, castizo y pintoresco de los tiempos isabelinos. Claro es que el cambio de ambiente produce cambios importantes en la entonación general de la obra y que el vocabulario carece de americanismos tan abundantes en *Tirano Banderas*. *La Corte de los Milagros* es la primera novela de una serie histórica que sobre la España del siglo XIX prepara Valle-Inclán con el título general de *El ruedo ibérico*.

También Pío BAROJA ha aumentado su obra el año pasado con la publicación de dos nuevas novelas, *Los amores tardíos* y *Las veleidades de la fortuna*, que completan la trilogía titulada *Agonías de nuestro tiempo*, empezada con *El gran torbellino del mundo*. Nada nuevo añaden a la obra frondosa e interesante de Baroja. Marcan, sí, la tendencia cada vez más acentuada en el ilustre novelista vasco a utilizar tipos y argumentos como pretextos para exponer sus ideas en forma a veces un tanto paradójica. Aquí el argumento llega a su mayor simplificación: unos amores tristes ya esbozados en la primera novela, *El gran torbellino del mundo*, se desarrollan "al ralenti" mientras el protagonista José Larrañaga, temperamento escéptico y en el fondo sentimental, diserta en diálogos constantes sobre la psicología de la postguerra en los países centrales de Europa con ideas que, si no son exactamente las del autor, se parecen mucho mucho a ellas.

Lo más interesante de estos libros es la rectificación de la fe germanófila de Baroja, mantenida con denuedo durante la guerra. A José Larrañaga, como a Baroja, le aburre la civilización moderna "creada por snobs, judíos y socialistas." Las opiniones se repiten con monotonía desconcertante y a pesar de todo, Baroja no defrauda a los que de antiguo le admiran. Más que al Baroja novelista de *Zalacaín el aventurero*, recuerdan *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos* al Baroja crítico, a veces arbitrario, de *Juventud*, *Egolatría* y *Las horas solitarias*.

Con legitimidad indiscutida ocupa Gabriel MIRÓ entre los escritores de su generación, inmediatamente posterior a la del 98, uno de los puestos sobresalientes, y nadie podría discutirle el más alto, si la literatura fuese solamente perfección de estilo, finura y exquisitez. En su última novela, *El obispo leproso*, publicada al finalizar el año 1926, Miró se supera a sí mismo como creador de estilo.

*El obispo leproso*, novela de ambiente eclesiástico, se resiente, como todas las de Miró, en lo que es fundamental para el género: acción, realidad y carácter de los personajes. Los seres de Miró flaquean en lo que de humano debe tener un ente novelesco. Claro está que al decir que la novela de Miró flaquea en la calidad de sus tipos lo hacemos sólo por comparación con los otros elementos integrantes de la obra. Más riguroso sería decir que los tipos no alcanzan en *El obispo leproso* la altura a que llega en la novela todo lo que no es psicología y vida. En emoción, belleza, lirismo y fuerza evocativa pocas obras resistirían airoosamente el parangón con la última de Miró. El castellano llega en ella a su máxima finura, todo matiz, suavidad y filigrana, no exenta de grandeza.

Como en *El libro de Sigüenza*, como en *Figuras de la Pasión*, la prosa de Miró, aromada de esencias sutiles y alquitaradas, embriaga al lector de sensibilidad. Junto a esta perfección de monje medioeval, sería mucho pedir ese sacudimiento de realidad un poco anárquica que producen los héroes barojianos, pongamos como ejemplo opuesto.

Gran éxito ha obtenido en España una novela, de autor hasta ahora desconocido, *Marcos Villari*, de Bartolomé SOLER. A juzgar por la crítica, se trata de una novela de carácter social y regional, donde la vida rural se pinta con trazos vigorosos. También señalan la mayoría de los críticos la pulcritud y riqueza del estilo.

Libro intermedio entre novela y ensayo es *El jardín de los frailes* de Manuel AZAÑA. En rigor, no es ni una cosa ni otra, sino un libro de recuerdos y confesiones sobre la época moza y estudiantil del autor.

Manuel Azaña es poco conocido fuera de los cenáculos y tertulias literarias de Madrid. Hombre de gran talento y vasta cultura, lo mejor de su obra lo ha dado a la política y a la literatura de combate en las páginas de revistas y periódicos. Fué director de *La Pluma*, selecta revista literaria ya desaparecida hace unos cuantos años, y de *España*, el semanario que mejor registró las palpitaciones nacionales de su tiempo, en la última etapa. Su política fué siempre de alto vuelo y siempre fustigó a la llamada "política de campanario."

*El jardín de los frailes* le dará a conocer como escritor sincero y prosista sobresaliente a muchos lectores de España e Hispanoamérica. Es un libro hondo y triste sobre los años más desgraciados de la España contemporánea. El autor evoca su juventud, sus años de estudiante en los claustros sombríos del melancólico monasterio del Escorial y en las aulas de la Universidad Central. Junto a estos recuerdos personales, desfila el panorama de España en los años más tristes de su historia alrededor del 98. En las confesiones de Azaña se ve palpitar la tragedia de un fracaso, fracaso de una generación destrozada en el choque entre la España de la Restauración y la renaciente, que ahora empieza a dar sus frutos. La voz de Azaña tiene ecos acusadores. Libro que recuerda los tiempos y las predicaciones de Costa, Picavea, Unamuno y Ganivet, se diferencia absolutamente de las obras de aquéllos en las que lo político es fundamental. En *El jardín de los frailes* lo político está soterrado por lo psicológico y la pureza literaria de la prosa.

ORTEGA Y GASSET ha publicado en 1927 el tomo V de *El Espectador*. Como siempre, en él está lo más hondo y lo más superficial del arte y la idea del momento recogido en prosa tersa, limpia y única. Ortega ilumina los caminos nuevos del arte y del pensamiento, y explica hechos oscuros y difíciles. Probablemente lo más transcendental del nuevo volumen está en la nueva interpretación de Castilla—"Notas del vago estío"—que ocupa la parte más extensa de la obra. Frente a la Castilla sombría, árida y heroica que había llegado a ser un tópico literario, surge—como recién nacida—una Castilla clara y luminosa, poblada de imágenes, separada definitivamente de la tradición histórica.

El teatro es el único género que no parece salir por ahora de su período de decadencia. Nada ha habido este año digno de compararse con obras de otros géneros. Lo único que cabe reseñar es el estreno con éxito de *La mariposa que voló sobre el mar*, última comedia de BENAVENTE, que recuerda sus mejores tiempos. Y sólo a título de novedad y por tratarse de un autor de nombre glorioso, los ensayos teatrales de Azorín, *Old Spain* y

*Brandy, mucho Brandy*, de pretendido carácter superrealista, obras sin ninguna consistencia y de aburrida lectura.

Hay que hacer una excepción a favor de los dos grandes poetas Antonio y Manuel MACHADO, dedicados hasta ahora a la lírica exclusivamente. Iniciaron su colaboración en el teatro poético hace dos o tres años, con una versión de *Hernani* de Víctor Hugo; posteriormente estrenaron *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, y en el año 1927 han estrenado y publicado *Don Juan de Mañara*, obra basada en la leyenda del famoso galán y burlador sevillano. En su colaboración teatral han sabido aunar los hermanos Machado sus opuestas cualidades poéticas: la gracia y levedad del verso de Manuel y el lirismo sereno, conmovedor de Antonio. *Don Juan de Mañara*, sin carecer de valores modernos, recuerda las mejores obras del teatro clásico español.

El año 1927 ha sido fértil también en obras de juventud; pero éstas merecen capítulo aparte y de ellas nos ocuparemos en el próximo número.